



UN MARXISTA SE DIRIGE AL CONCILIO

J. A. BAEZA, S. I.

El teórico del partido comunista francés, Roger Garaudy, ha escrito, bajo el título "Del anatema al diálogo. Un marxista se dirige al Concilio", un libro que intenta "responder de un modo fraternal a la llamada dirigida a todos" por el Concilio. El libro da fe de un deshielo. Por un lado, la Iglesia del Concilio, siguiendo la línea de Juan XXIII, ha preferido evitar toda condenación del marxismo y mantener a través del Secretariado para los no creyentes una actitud de diálogo. Por otra parte, el deshielo afecta a los pensadores marxistas del Occidente europeo, atentos hoy a revisar su actitud ante el cristianismo.

Comienza Garaudy por resaltar la urgencia del diálogo. En un mundo amenazado por la bomba atómica y dividido en dos bloques —comunistas y cristianos—, el diálogo es inaplazable para ser fieles al común destino humano de construcción del universo y alejar los fantasmas de la destrucción. "Sería una tragedia de la historia, si su cooperación para la común construcción del futuro se frustrase por el peso del pasado".

Ante esta realidad los cristianos han afirmado de nuevo el aspecto mundano y humano de su fe. A través del Concilio han proclamado su decisión de promover el futuro del hombre y la construcción del mundo. No deja de citar en este punto la significativa figura de Teilhard de Chardin. Es esta postura del cristianismo ante el hombre fruto de una tensión de lo que

es clásico llamar entre los marxistas “tradición constantiniana” y “apocalíptica” de la historia cristiana. Mientras la primera respondería más a una visión de la jerarquía y del poder, la “tradición apocalíptica” se basa en la creencia de que Cristo ya ha triunfado, y el cristiano debe, en virtud de ello, transformar el universo.

Por su parte, el marxismo replantea hoy sus propias posiciones. No se presenta con un carácter “fatalmente determinista”, sino con una visión más humana de la evolución y del progreso. De ahí que el fenómeno religioso se enjuicie, en otra perspectiva, como factor humano que contribuye a la dialéctica de la evolución. En la historia, la religión no ha sido siempre la rémora del progreso humano, ni el “opio”, ni pura “ideología”. Ciertos sectores del marxismo admiten hoy que la fe “da testimonio de la grandeza del hombre”. La religión es también “levadura”. El cristianismo es auténtico en las cuestiones que plantea sobre la vida y la muerte, y en su “sed” y en la protesta ante la desgracia humana. Sin embargo, “mi sed no prueba la fuente. El infinito es para el marxista una ausencia y una exigencia”. Si las preguntas del hombre cristiano son compartidas por el marxista, sus respuestas constituyen la verdadera alienación.

Lo que importa es la común tarea humana

Resalta E. Colomer (Razón y Fe, Marzo de 1966 p. 306-7) cómo la visión rahneriana del hombre, expresada en las recientes conversaciones de Salzburgo, ha impresionado al pensador marxista. El cristianismo es para Rahner la religión del futuro absoluto, que induce a entenderlo todo en función de lo que ha de venir. El hombre, como trascendencia infinita hacia Dios, va dirigido hacia ese futuro absoluto de Dios. Esa orientación última de la existencia es la que constituye la fuerza y el dinamismo de todo progreso humano. Mira siempre el hombre hacia los futuros concretos, vive ante futuros “proyectos” y ante el progreso, porque está siempre de pie y en marcha hacia lo que ha de venir de modo absoluto. Puede sin embargo, olvidar su destino absoluto y vivir sólo para los futuros concretos. Es esa la raíz del ateísmo. El cristianismo mantiene la dinámica del progreso humano al acentuar el carácter eventual de todo lo concreto. Evita, además, sacrificar el hombre a un futuro, siempre futuro y nunca presentable, ya que el futuro absoluto, hacia el que se mueve como telón de fondo toda existencia humana, es la plenitud absoluta de Dios.

“Es un mérito de Garaudy —anota Colomer— haber recogido con lealtad y sinceridad esta vigorosa concepción de Rahner”. Su exposición del marxismo responde a un lenguaje semejante. Para el marxista el hombre es también proyecto y futuro. Se explica al hombre en función del futuro, como autotranscendencia abierta a lo infinito, sobre todo lo concreto. Sólo, que lo infinito aparece nada más que como “exigencia” y “ausencia”. El hombre no se dirige hacia nada fuera de sí mismo. Vive en tensión hacia lo que ha de venir, hacia algo que es puro futuro. Vive el descontento y la protesta —como el cristiano— por la forma en la que el hombre habita en la tierra. Como él se afana en transformar el mundo. Pero nada responde a su sed, sino es el mismo hombre, que aparece así como un ser inacabado, dirigido siempre hacia el futuro; el hombre es

trascendencia de sí mismo, puesto que es siempre "lo que aún no es". No cree Garaudy cercenar con esta concepción aspectos profundos del hombre, sino aceptarle en sus dimensiones reales de ser inacabado, al que nadie espera ni llama. Si el cristiano realiza su tarea como "consentimiento a una llamada de Dios", el marxista la vive como "creación puramente humana".

"En lo que concierne a la fe, ya se trate de la fe en Dios o de la fe en nuestra tarea, cualesquiera que sean las divergencias sobre lo que hay en la fuente de ella, —bien signifique para unos consentimiento a una llamada de Dios y para otros creación puramente humana,— esa fe nos impone el deber de hacer de cada hombre un hombre, es decir un hogar viviente de iniciativa, un poeta en el sentido más profundo de la palabra: un hombre que realiza la experiencia cotidiana de su superación creadora, de lo que los cristianos llaman su trascendencia y nosotros su humanidad verdadera". Lo que importa es, pues, la común tarea humana. Las diferencias fundamentales están en el punto de partida, pero no en los objetivos. Y hoy es factible para ambos discutir los términos de un frente común contra los problemas de la injusticia social. Garaudy repite las tesis de Togliatti, según las cuales los cristianos pueden colaborar a la instauración de una sociedad sin clases.

Voces de aceptación y reserva

Numerosas voces en el campo católico se han hecho eco de la llamada de Garaudy al diálogo. François Mauriac aconsejaba a los católicos franceses la lectura del libro y el teólogo K. Rahner llegó a ofrecerse a escribir un comentario a la traducción alemana.

En los comentarios, sin embargo, se entreveen ciertas reticencias; nada extraño, si se piensa en la larga historia de relaciones hostiles entre cristianismo y comunismo. René Girault, desde las columnas del diario *La Croix*, se preguntaba (31-1-66) "en qué medida el mundo marxista en su conjunto está dispuesto a ponerse de acuerdo con la posición irenista de Garaudy" (1). Evidentemente, la persecución religiosa —sorda o clamorosa— de los países comunistas es un obstáculo a la buena fe del diálogo. Sin embargo, *Time* resaltaba (7-1-66) que si bien "la consoladora y sofisticada visión que Garaudy tiene de Marx es claramente distinta de la de Mao, ...su libro no ha sido desaprobado por los jefes del Partido Comunista francés". Garaudy no puede ser, en opinión del P. Dubarle (2), "un resplandor aislado".

Para E. Colomer (*Razón y Fe*, Marzo, 1966, p. 308-309) "la postura de Garaudy presupone la posibilidad del pluralismo cosmovisional y la libertad religiosa en un estado comunista". El mismo Garaudy señala como obstáculo al diálogo la esfera de la enseñanza privada. Sin embargo, a pesar de los simposiums entre intelectuales marxistas y cristianos y de los

(1) Cit. en «Service des pauvres», Abril 1966, pág. 13.

(2) *Ibid.*

libros escritos en común —señala Time—, “nada de esto cambia la fea realidad de que la Iglesia es aún perseguida bajo el comunismo”. El pluralismo cosmovisional en la URSS está totalmente inédito.

A R. Domergue pertenece uno de los comentarios más recusatorios. Llama al ensayo del marxista “ejemplo de un diálogo ambiguo”: ambiguos son los términos de “creación”, “plan moral”, “trascendencia”...; y ambiguo un diálogo que pone entre paréntesis la persona de Jesucristo, esencial al cristianismo, y que, por tanto, se entiende según la tradición marxista del mito. “Nosotros no le pedimos que reconozca a Jesucristo como a Dios; pero mientras los católicos pongan a Jesucristo en la base de su fe, no habrá diálogo valedero con ellos, si se pone este fundamento entre paréntesis”. No se trata de negarse al diálogo en nombre de un anticomunismo estúpido, sino de mantener la lucidez y la intransigencia que el verdadero diálogo entraña. Con ello todo el mundo ganará (3).

...La recusación de Domergue —de términos poco pacifistas— nos lleva al nervio de la cuestión. Garaudy plantea el diálogo con el cristiano en el plano de la tarea humana, que al cristiano y al marxista le es posible; y, más radicalmente, en la mutua aceptación de lo que ambos son como “proyecto” y “futuro”. Garaudy reconoce el valor humano de la fe, el amor, las aspiraciones y esperanzas del cristiano. Reconoce que “la fe en un Dios trascendente no limita ni frena jamás la fe en la tarea humana”. Insiste en que las profundas aspiraciones del cristiano para el hombre, son compartidas por el comunismo. Sentimos, sin embargo, en Garaudy casi más compasión que comprensión por el hecho religioso. Como si ese inmenso esfuerzo y proyecto humano, que se desborda por cauces religiosos, estuviese empeñado en una ilusión, hermosa quizá, pero etérea. La religión —como respuesta a las aspiraciones humanas— es sueño y alienación. “Ahí se esconde —comenta Colomer— una espina seria para el diálogo cristiano-marxista, precisamente porque el cristiano tiene forzosamente que constatar que, en un punto esencial, no “puede” ser tomado en serio“.

Sin embargo, ¿no ve el cristiano también con cierta compasión comprensiva la enorme energía que el marxista despliega, cegada a su más profundo sentido trascendente? F. Bernard comentaba desde *La Croix* (29-12-65) que “la organización de la sociedad, la construcción del mundo... constituyen para el marxista una especie de “objeto de fe”, y es allí donde el cristiano verá la pira de las alienaciones una especie de divinización de la historia que... engendra la esclavitud...” (4). Si el marxista no toma lo religioso en serio, tampoco el cristiano interpreta el humanismo marxista más que como “manco e incompleto”. Si uno y otro no mantuviesen esos conceptos, ¿serían fieles a sí mismos?

De todos modos, el planteamiento del diálogo de Garaudy, en la mutua aceptación del hombre y en la común tarea humana, es correcto y aceptable. En la base de toda religión existe una actitud y una opción humana. Al aceptar el cristianismo como un humanismo, ¿no responde en su tanto

(3) R. Domergue: «Le Concile et les communistes français» en *Freres du monde*, n. 38 (cit. en *Service de Pauvres*, Abril 1966 p. 13).

(4) *Service des pauvres*, *ibid.*

a las palabras de Pablo VI: "Vosotros, humanistas modernos, que renunciáis a la trascendencia de las cosas supremas... reconoced nuestro nuevo humanismo: también nosotros —y más que nadie— somos promotores del hombre"? (5).

Es por la creación humana, que el cristianismo sea capaz de lograr en nuestro tiempo, por la que logrará dar testimonio de su verdad. El milagro que hoy denota la presencia de Dios en su Iglesia, ha de ser primariamente el de la justicia y la caridad social, el de la construcción del hombre y la ciudad terrena. Paradójicamente, Dios se muestra encarnado.

El diálogo ha sido, pues, colocado en el único terreno posible. Y, a pesar de las puntualizaciones y distinciones de rigor, el libro ha sido aceptado. Es reconfortante —comentaba el P. Gardey en *Temoignage Chrétien*— ver cómo los comunistas encuentran en los cristianos sus interlocutores (6). Garaudy ha hecho un esfuerzo de sinceridad, para ofrecer un diálogo insólito hasta hoy.

"Sin embargo de una parte y de otra, los obstáculos y las incomprendiones no se quitarán más que por el paso del anatema al diálogo. Por nuestra parte aceptamos y deseamos con todas nuestras fuerzas este diálogo.

Diálogo sin condiciones previas y sin exclusiva.

No le pedimos a nadie dejar de ser los que es, sino por el contrario serlo más y mejor. Deseamos que nuestros interlocutores formulen respecto a nosotros la misma exigencia".

Tal sinceridad no podía menos de causar impacto.

(5) Alocución del 7-12-65 en la clausura del Concilio Vat. II.
(6) B. Gardey: TC, 2-12-65 (cit. en Serv. de pauvres, *ibid.*).